

## EL CRITICO, ¿UN ESTRATEGA EN LAS LUCHAS LITERARIAS?

Carlos Rincón

Examinar, según nos proponemos aquí, determinados aspectos del proceso innovador cumplido recientemente por la crítica literaria latinoamericana, no es una búsqueda que persiga un abstracto ideal científico, ni pretenda instalarse en el imaginario reservado del trabajo contemplativo. Con ello pretendemos más bien coadyuvar a encontrar respuestas a las demandas y necesidades de la producción literaria y de la propia crítica, en un momento particularmente álgido de nuestro desarrollo histórico. Desde finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta la crítica y la historiografía hegemónicas en Latinoamérica entraron en bancarrota, como parte de la agudización de la crisis de la ideología dentro de la que se inscribían. Una nueva producción literaria, constitutiva de un proceso histórico-social específico, vino a poner en cuestión las concepciones dominantes hasta ese momento acerca de la autonomía de la literatura y su independencia frente a los intereses de las diversas clases. Lo fueron igualmente aquellas relativas a la función de la literatura en que los presupuestos sociales para la posibilidad concreta de ocuparse de ella —es decir, las condiciones de vida y los intereses vitales de las clases populares en nuestros países—, aparecían eliminados. Tuvo lugar así a nivel de todo el continente un comienzo de redefinición del objeto de la crítica, y el problema del objeto de conocimiento de la investigación literaria fue diversamente abordado. Hoy, al tratar de la crítica literaria en Latinoamérica, no podemos ignorar impunemente que han existido diciembre de 1968, setiembre de 1973 y mayo de 1976, fechas que señalan acontecimientos políticos de consecuencias generales al nivel de las condiciones sociales de producción y recepción de la literatura, incluidas algunas inmediatas al nivel de los soportes institucionales tradicionales —la prensa, las revistas—, de la crítica. Nos referimos ante todo a la presión, en caso de que se la pueda seguir ejerciendo —pues en países como el Uruguay ha desaparecido prácticamente—, de las censuras estructural, institucional y hasta de la autocensura sobre la práctica de los críticos, incluidos los más conservadores, y obviamente de los propios productores. Situación que denunciaba Jorge Amado a mediados de 1977, a raíz de la aparición de *Tieta do Agreste*:

“A censura é um horror, é uma violência exercida contra o criador. Busca limitar, deformar, castrar a atividade criadora, em nome em geral de opressão política e do preconceito moral. Toda e qualquer espécie de censura —política, moral, gra-

matical, seja qual for— é profundamente negativa e deve ser combatida pelos escritores e pelos leitores, suas vítimas. Seu contra toda e qualquer censura, aqui e em qualquer outro país do mundo (...). No Brasil, no momento, foi estabelecida a censura para livros e publicações estrangeiras, ou seja, foi oficializado o obscurantismo”<sup>1</sup>.

Pero no se trata unicamente de problemas relativos a la organización de la vida literaria, la redacción del libro, la industria editorial, la enseñanza de la literatura, la crítica literaria, y de otras muchas instituciones que constituyen en su conjunto las relaciones literarias de nuestras sociedades nacionales como elemento de su estructura total. De problemas cuyo enfrentamiento pasa por la indispensable afirmación concreta de un principio como la libertad de producción y de publicación. La cuestión es otra. Pocas veces la constelación social y política imperante en el subcontinente había podido resultar más inédita. A ella están ligados fenómenos como la imposición de los Estados militares y el ingreso del desarrollo capitalista dependiente de algunos países a una fase no previsible hasta hace muy poco y que se ha intentado denominar “subimperialista”. Constelación y fenómenos para cuyo desciframiento —dado que aún se carece de categorías adecuadas para escrutarlos en toda su complejidad—, militantes políticos, sociólogos, y hasta nuestras ciencias políticas, hasta hace muy poco en crisis, se esfuerzan en desarrollar un instrumental teórico apropiado<sup>2</sup>. Después de la publicación de *El recurso del método* (1974), en un ciclo de conferencias en donde aludió, utilizando el término acuñado por Althusser, a los decisivos alcances del descubrimiento del “Continente de la Historia”, Carpentier se refirió, dentro de su más reciente elaboración ensayística de los ideogramas del americanismo, a la necesidad de extraer “fecundas enseñanzas de un pasado *mucho más presente de lo que suele creerse*, en este continente, donde ciertos hechos lamentables suelen repetirse, más al norte, más al sur, con cíclica insistencia”<sup>3</sup>. Esa observación acerca del poder del pasado y de la tradición como una actuante realidad estructuradora en nuestros días, se conjuga con nuestra experiencia de lectores de su novela: esta nos enseña a pensar diferencias, si queremos entender el presente. De modo que si vamos a tratar aquí de crítica literaria latinoamericana, de hecho estamos también debatiendo, como lo señalara en agosto del 77 en su ponencia *Para una crítica latinoamericana* la historiógrafa Cecilia Teixeira Zockner, su objeto histórico, la producción a la que hoy se refiere<sup>4</sup>. Nos hallamos así confrontados con los problemas de la actual situación dentro del proceso de nues-

1. Ruth de Aquino, Jorge Amado —O Romancista da realidade. En: *Manchete*, XXV (1977)/1319, p. 37.

2. Cfr. Volker Petzoldt, Consideraciones sobre el estado militar en América Latina. En: *Actualidades*, I (1976)/1, p. 13 ss.; Tomás Amadeo Vasconi, *Lucha de clases y proceso de militarización en Argentina*. Caracas, 1977 (manuscrito); lo mismo que las actas del Seminario de Bologna sobre las dictaduras militares en América Latina. En: *Chile América*, 33-34/1977.

3. Alejo Carpentier, Conciencia e identidad de América. En: Carpentier, *Razón de ser*. Caracas, 1976, p. 24.

4. Cecilia Teixeira Zockner, *Para una crítica latinoamericana*. Sesión de trabajo sobre Conscientização da América. *Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana*, XVIII. Rio de Janeiro, 1977 (manuscrito).

tras letras y de la producción artística en general, bajo el aspecto del desarrollo ideológico-político tomado globalmente, en la constelación histórico-social a que acabamos de aludir.

I

Hablamos de crítica y críticos. La función del crítico como oficio particular y campo específico de la división social del trabajo resulta, vista de manera panorámica, un producto histórico muy reciente. Esta comprobación es válida para la generalidad de los países latinoamericanos, en donde el rompimiento de las relaciones literarias en los campos por completo independientes de la producción y la recepción, como parte de un proceso de ampliación y transformación cualitativa de tales relaciones, apenas tuvo lugar en el curso de la segunda mitad del siglo pasado. Entre los dos se incluyó como por fractura, y fue expandiéndose cada vez más, la esfera de la circulación y el comercio literarios. Los escritores románticos, emancipados de los lazos del sistema de encargos sociales propio de la formación feudal-colonial, comenzaron a escribir para un público paulatinamente anónimo y sin embargo cómplice, al que a esas alturas únicamente podían alcanzar a través del circuito del mercado. Aunque marcadas por una noción formalista de la literatura y la crítica, podemos retener aquí las anotaciones de Alceu Amoroso Lima en *A crítica literária no Brasil*, en donde a la vez que distinguía entre una "fase inicial" (1820-1870) y una "fase constitutiva" (1870-1900), escribía:

"A crítica foi uma atividade marginal do Romantismo. Não deixou, entretanto, de prestar os seus serviços, de orden antológica e bibliográfica. Depois dela, já não se discutia o problema da existência de uma literatura brasileira. Ela se havia encarregado de observar o caminho, para então surgir a crítica literária, propriamente dita. Enquanto a maior romântico, José de Alencar, em prefácios e estudos esparsos lançava as bases críticas do estilo *brasileiro* e da poesia *popular*"<sup>5</sup>.

Puede afirmarse en todo caso que ya con el Romanticismo comenzó a regir en Latinoamérica una múltiple y polivalente dialéctica, apenas estudiada, en que cabe distinguir dos momentos. En el primero, el producto literario, susceptible de criticar las relaciones imperantes y los comportamientos de quienes lo reciben, se convirtió en instrumento de "crítica" social. A la vez, y como segundo momento, se tornó en objeto de una crítica de ese mismo tipo, ya contenida en ese entonces potencialmente en todo acto de recepción de una obra considerada poética. El crítico vino a surgir únicamente, en ese momento histórico preciso, para institucionalizar funciones determinadas de mediación. Esta última indicación cabe precisarla y señalar que el oficio del crítico ha cristalizado justamente en el curso, y de acuerdo con el ritmo del proceso de constitución, desarrollo y afianzamiento de nuestras sociedades burguesas nacionales.

No está por demás señalar que es en el rompimiento entre las esferas de la producción y la recepción y la independización de la circu-

5. Alceu Amoroso Lima, *A crítica literária no Brasil*. Rio de Janeiro, 1958, p. 6.

lación en donde, a nivel ideológico, se encuentran los gérmenes del proceso en que habían de resultar hipostasiados el Autor y su producción en los ideogramas del "Creador" y el "Acto creativo", constitutivos inicialmente de una estética del genio. En ella lo social y lo estético en cuanto tales y como funciones, lo mismo que lo útil y lo bello, comenzaron a ser tendencialmente disociados, y es a la actividad desarrollada para entonces por el crítico a la que alude Amoroso Lima con la fórmula "a crítica literaria propiamente dita". Por otra parte, la crítica se planteaba en la época romántica como una toma de posición valorativa, orientadora y abierta a las transformaciones de la literatura y de la sociedad. Por ello tenía que proponerse incluir la "Creación" literaria en el horizonte de la común realidad vivida, de las experiencias y necesidades del sector de la sociedad participante en el proceso de comunicación literaria, incluidas las sociales e individuales en el terreno de la literatura. De allí que la crítica se viera a sí misma sólo como un caso particular de comportamiento crítico frente a hechos determinados, y más en general frente a la realidad. Finalmente dentro del trabajo de los "Creadores", y a pesar de una frecuente reivindicación de los privilegios de la inspiración, tomó contornos una reflexión crítica inmanente a su "Creación", como parte del desarrollo general del nivel de conciencias observable entonces en las sociedades latinoamericanas, aunque aquella no haya sido todavía una condición indispensable para esa producción. Lo mismo Sarmiento que Alencar nos dan muestras de ella. Articulada además en la programática y en el trabajo publicístico de los propios escritores, al llegar los años ochenta esa reflexión crítica se hizo independiente y comenzó a tomar los rasgos de la Estética, como disciplina particular de claro carácter ideológico.

La labor de los críticos del romanticismo liberal, en cuanto tarea operativa y de autocomprensión de clase, se desarrolló sobre la base del descubrimiento de la literatura como campo de emancipación y autocomprensión ideológicas de la burguesía primario-exportadora y la constitución a nivel nacional de rudimentarios sistemas de comunicación supralocales. En su caso, dentro de coordenadas históricas, dinámicas de formación de sociedades clasistas y de estructuración de partidos políticos, condiciones de comunicación literaria nacional y formas de la opinión pública muy determinadas, como se desprende de las investigaciones de Fornet para Cuba y Barreto Filho para el Brasil, puede establecerse una polaridad y una doble función productiva para la crítica. Esta sin embargo sólo puede llegar a comprenderse en toda su significación a la luz de la noción de la Poesía —de la literatura— entonces definida, problema sobre el que ha sabido llamar la atención Alfredo A. Roggiano. Por una parte, al informar y evaluar, al analizar y recomendar determinados autores y obras, lo mismo nacionales que de la producción internacional, el crítico romántico formuló, con destino al público burgués-liberal, criterios estético-político y una comprensión ideológica de sus necesidades estético-literarias y, lo que es más importante todavía, del proceso literario de su satisfacción. Por otra y al mismo tiempo, si hay algo que deba destacarse en esa crítica, como se desprende del reciente debate sobre el Romanticismo en Latinoamérica, es la forma como quienes la cultivaron tendieron a proporcionar a los "Creadores" la respuesta de un público ideal, formulada desde el punto de vista de un vocero de aquel. Por eso el crítico aparece como dotado de plena capacidad para juzgar acerca del objeto tratado, de la obra y de su efec-

to, lo mismo que de su marco político y literario, y de tener una comprensión de lo que estaba socialmente en trance de realizar. Eso fue el crítico, llámese Vergara y Vergara o Cônego Fernandes Pinheiro: mediador y cómplice, confidente e intermediario entre las dos partes. Entre las burguesías de sus respectivos países y Alencar e *Iracema*, Isaacs y *María*. La crítica romántica se orientó de acuerdo con esos dos polos, *lector anónimo y cómplice — creador liberado*, dentro de las circunstancias de vida compartida, de las perspectivas y conflictos del proceso social, vividos bajo el signo de la lucha política. De ellos obtenía el crítico —así lo documentan antologías como la preparada por Cintio Vitier<sup>6</sup>—, tanto su relación con la literatura y la realidad política como la ligazón que creía poder establecer entre ambas, pues escribía justo para intervenir en el proceso de desarrollo de su realidad nacional. A pesar de que desde esa época la concepción de la autonomía del arte ya se iba abriendo camino también en Latinoamérica<sup>7</sup>, toda crítica literaria implicaba una toma de posición ideológico-política frente a la realidad social. Y no sólo esto, sino que era bosquejada y organizada conscientemente a partir de ella, y sobre su base buscaba organizar al conjunto de los lectores. En el momento en que nació en nuestros países la crítica implicaba ya, por lo tanto, la existencia de una opinión pública en formación, mediatizada a través de órganos publicísticos, y la existencia de intereses informativos y comerciales, paralelos a otros ideológico-políticos, en una articulación literaria, lo mismo que de un público históricamente en posibilidad de reconocerse en la literatura romántica y comunicarse a través de ella.

Ya a partir de esa época la necesidad de información y reflexión se constituyó, como puede apreciárselo en cualquiera de nuestras literaturas, en objeto de una actividad independiente dentro del sistema de la vida literaria. Con todo, todavía hoy su proceso de desarrollo únicamente ha sido objeto cuando más de aislados trabajos historiográficos, cuyo radio no rebasa los de una literatura nacional, y cuyos presupuestos metodológicos no resisten ninguna prueba seria, del estilo de *La evolución de la crítica literaria en Chile* (1965), de Dyson. Una línea como esa en la que se oponen y se unen los trabajos de Xavier Marques, Wilson Martins, Alceu Amoroso Lima, Afrânio Coutinho y Antônio Cândido en el caso del Brasil, con todo lo discutibles que puedan ser algunas de sus hipótesis o ciertos esquemas, y una antología como *Caminhos do pensamento crítico* (1974), buscan inutilmente parangón en el resto de países latinoamericanos. Ahora bien, dentro de los actuales debates en torno a la crítica, la historiografía y la teoría literarias, y a pesar de la continuidad real no obstante los indicios de un cambio de paradigma que hay entre el esteticismo de las interpretaciones inmanentistas y la reducción de las metas del conocimiento de la literatura al análisis de estructuras formales, puede tomarse como un hecho casi adquirido la tendencia a dejar de reducir la historicidad de la literatura a la de su acto de producción. El producto literario, intermediario entre los procesos de pro-

6. Cintio Vitier (Ed.), *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*. La Habana, 1970.

7. Sobre este aspecto fundamental del debate contemporáneo, la constitución de la noción de “autonomía del arte”, cfr. los trabajos de Martin Fontius, en particular *Zur Ideologie der deutschen Kunstperiode*. En: *Weimarer Beiträge*, XXIII (1977)/2, pp. 19-43.

ducción y recepción, llega a convertirse en tal, sólo en la medida en que ejerce un efecto históricamente condicionado al ser recibido. No absolutizar el momento de la génesis no implica que la literatura posea una esencia eterna cifrada en una supuesta *literaturnost*, acatada tácita o abiertamente lo mismo por Goic que por de Azevedo Filho. Tampoco que se reduzca a ser una "serie autónoma" en la historia, como tiende a aparecer entre algunos críticos que se reclaman de las ideas marxistas a pesar de estar siguiendo a los formalistas rusos en una de sus construcciones más deleznable. Dentro del proceso de la comunicación literaria de la sociedad, en el que se selecciona colectivamente, dentro de la masa inmensa de lo escrito, lo que se ofrece y se evalúa como literario, y a las actividades, productos y artefactos literarios les son comunicadas sus estructuras, significaciones, funciones y efectos, al mismo tiempo que se decide de hecho sobre la forma en que resulta continuada la historia de la literatura, lo que se considera literario siempre se constituye a través del lector concreto.

Ese proceso literario, en cuanto proceso social de objetivación y representación ideológicas, incluyó a un determinado nivel de su desarrollo, como más arriba lo señalábamos, y sólo a partir de él, como necesaria instancia mediadora, también al crítico. Su función resulta históricamente, con todo, no determinante sino determinada, pues es de la evaluación social de la oferta literaria en general, de donde surgen los criterios y normas estéticas, válidas ya para la publicación de los más próximos nuevos textos, y respecto a esas normas y esas expectativas que la crítica tiende a articular, se orientan el escritor y el propio público. Tal como el hecho literario posee una historicidad propia, esos criterios y valoraciones estético-sociales también la poseen. Son tan producto del desarrollo histórico como lo son no apenas el público receptor sino también el punto de vista valorativo del crítico que hoy se sienta ante la máquina para escribir con destino al diario de pasado mañana. Por ello Krauss podía señalar que "toda crítica se abre sobre un horizonte histórico-literario"<sup>8</sup>. El complejo teórico e histórico hasta aquí evocado, y la necesidad de comprensión de la producción contemporánea, le imponen a la historiografía literaria latinoamericana, como una tarea de urgencia, adelantar, dentro de su actual proceso de redefinición, a cumplirse gracias a la inclusión del factor "lector" y de la relación entre valor, efecto y función de la producción literaria, el inventario de las concepciones y prácticas de nuestra crítica. Se ha hecho indispensable disponer de una historia latinoamericana de los códigos críticos, de sus transformaciones a lo largo de los diversos períodos literarios. Entre estos, tal como entre los sucesivos objetos, métodos y funciones de la crítica, existe una clara discontinuidad, observable en la generalidad de los desarrollos histórico-literarios nacionales, incluidos aquellos que han conducido a intentos de desarrollar un estudio científico de la producción literaria. Así ha podido establecerse en el estudio de literaturas mejor conocidas que las nuestras, como son la italiana, la alemana y la francesa. Junto a la gran *Storia della Critica* (1958-1965), preparada por Petronio, podemos mencionar aquí la presentación del cambio de función de la crítica desde el siglo XVIII ofrecida por Peter Uwe Hohendahl, desde la perspectiva de la teoría de Haber-

8. Werner Krauss, *Grundprobleme der Literaturwissenschaft*. Reinbek, 1968, p. 10 (rowohlts deutsche enzyklopädie, 290-291).

mas acerca de la opinión pública burguesa, aunque criticada en sus bases sociales en forma radical<sup>9</sup>. Por otra parte, en rompimiento con la tendencia que ellos mismos califican de “descriptiva” y desprovista de “perspectivas teóricas o históricas”, presente en un trabajo tan divulgado como *La critique littéraire* (1964), de Roger Fayolle, en *Histoire/Littérature. Histoire et interpretation du fait littéraire* (1977), Gerard Delfau y Anne Roche han podido proceder a la fijación de puntos nodales claves en el desarrollo de la *critique littéraire*. Antes de 1830 la crítica, en cuanto profesión y disciplina intelectual poseedora de un status, y como institución social, no existía. Su surgimiento, unido al nombre de Saint-Beuve, quien la dotó de bases teóricas, habría estado unido a la consolidación de lo que los autores denominan en forma imprecisa una “sociedad industrial y urbanizada”, un público masivo y una prensa de gran tiraje. Luego han podido pasar a examinar el tránsito al siglo XX (1880-1914), con el que la crítica literaria periodística, tal como fue ejercida todavía por Zola, dejó de existir. También en el campo de los estudios literarios la historia se impuso entonces a manera de nuevo modelo científico, lo que acarreó el surgimiento de una nueva problemática, puesta sin embargo, paradójicamente, bajo el signo de Comte, y el consiguiente rechazo de la historia. De allí que en Lanson la práctica historiográfica sea a la vez historicista y positivista, y de allí también la reacción representada por Peguy (opuesto a Taine y a Lanson) y por Proust (opuesto a Saint-Beuve), cuyo eje lo constituye el reconocimiento de un devenir temporal y del trabajo productivo de la obra y que descansa en una concepción global del mundo y del proceso social. De ese inventario Delfau y Roche saltan a la situación de los años treinta, con el carácter repetitivo que toman en Thibaudet o Du Bos las tradiciones positivistas, mientras en el resto de Europa se multiplican los intentos metodológicos de escapar no sólo al positivismo por el camino de la *Geistesgeschichte* sino al subjetivismo idealista traído por aquella. Los autores deben consignar el muy tardío ingreso al debate francés no únicamente de Marx y su concepción de la Historia sino de Saussure y Freud. Finalmente, al llegar a los debates contemporáneos, tras de reseñar el intento de reconciliación del marxismo con las ciencias humanas auspiciado por las búsquedas de Althusser, y los desarrollos del psicoanálisis y la lingüística en el terreno de la crítica, y de aludir a la crisis de esos diversos intentos, acaba por tomar figura el objeto del libro: la búsqueda de un nuevo camino. Con todo, el recorrido que proponen, por muy diferente que pueda ser del realizado por la crítica literaria latinoamericana, muestra la validez de lo señalado por Canguilhem, a propósito del “nuevo arte de escribir la historia de las ciencias”, inaugurado en Francia por Bachelard:

“Esta historia no puede ser una colección de biografías ni un cuadro de doctrinas, a la manera de la historia natural. Debe ser una historia de las filiaciones conceptuales. Pero esta filiación tiene un estatus de discontinuidad, como la que posee la herencia en la teoría de Mendel”<sup>10</sup>.

9. Peter Uwe Hohendahl, *Literaturkritik und Öffentlichkeit*. En: LILI, I (1971)/1-2, pp. 11-46.

10. George Canguilhem, *Etudes d'histoire et de philosophie des sciences*. Paris, 1968, p. 184.

## II

Nos referíamos, al comenzar, a la crítica y la historiografía literarias — crítica e histórica literaria, en el caso del Brasil. Es claro el paralelismo que mantienen esos términos con los binomios *histoire de la littérature* y *critique littéraire*, *Literary history* y *Criticism*, *Literaturgeschichte* y *Literaturkritik*, *Istoria* y *Kritika literatury*, *Storia* y *critica della letteratura*. La significación de cada una de esas voces y su relación entre sí ha estado sujeta a múltiples cambios dentro de las respectivas historias nacionales. Sin embargo, a pesar de que sean específicas las vías que llevaron, pongamos por caso, a la cristalización de la *Nova critica* en los cincuenta en el Brasil o de la *Nouvelle critique* en los sesenta en Francia, no por eso, y a pesar de las diferencias que existen entre ambas corrientes, esas denominaciones dejan de calcar la de *New Criticism*, acuñada a partir del libro de John Crowe Ransom que bautizó al movimiento: *The New Criticism* (1941). Al mismo tiempo, la fórmula *Nueva crítica latinoamericana*, con la que críticos y periodistas como César Paz expresan mucho más un deseo que una existencia de hecho<sup>11</sup>, deja transparentar su modelo básico, constituido por la fórmula francesa divulgada en la pasada década.

En la actualidad, historia y crítica literaria aparecen por lo corriente divorciadas. El proceso de absolutización y divorcio de ambas disciplinas, hasta llevar a los dilemas y consecuencias hoy visibles, tuvo sus comienzos con la visión positivista del hecho literario, a pesar de que Lanson rechazaba como impropio una división del trabajo entre crítica e historia literarias y proponía designar toda reflexión sobre la literatura con el nombre de *histoire littéraire*. Dentro de los límites de esa visión positivista tenían un puesto muy definido la investigación de “fuentes” e “influencias”, lo mismo que el trabajo en el sector de la historia de las ideas, pero no acabó nunca de hallar lugar, en cambio, un tratamiento vivo de la literatura que entonces se leía y escribía. De allí tenían que desprenderse obligatoriamente una historiografía orientada factualmente y una crítica directamente impresionista. Ese divorcio se ha intentado lo mismo canonizarlo que superarlo en los años recientes. La primera tendencia sólo pretende de hecho institucionalizar un lindero constituido en el desarrollo de la historia de la sociedad burguesa. El viejo inmanentismo estaticista o los préstamos de la racionalidad tecnológica son igual de bienvenidos, con tal de alcanzar ese objetivo. Pero el camino para ese rebasamiento no es tampoco el señalado por Barthes y sus epígonos, con su idea de la crítica literaria como una función intraliteraria. Al buscar borrar toda diferencia específica entre la práctica crítica y la literaria, el concepto de crítica propuesto por Barthes adquiere contornos formalistas, de acuerdo con los cuales la crítica tendría que convertir el acto de lectura, como su más propia actividad empírica, en base de una teoría. La idea de una “historia de la literatura” del “presente”, formulada por Benjamín, la cual tendría que ser esencialmente “crítica”, de modo que esa “crítica” sería la forma en que ambas pueden practicarse en relación con el desarrollo histórico real no de manera externa, sino interviniendo consciente y directamente en él, es un camino de salida para los dilemas que hemos señalado. Unicamen-

11. César Paz, *La Nueva crítica latinoamericana, hoy*. En: *Ultimas Noticias*, Caracas, 15.V.1977.

te de esa manera la crítica como historia puede revelarnos a la literatura en su calidad de "un Organon de la Historia"<sup>12</sup>.

En cuanto toca a los proyectos de un trabajo con pretensiones científicas que tome como campo a la producción literaria del pasado y del presente, a las realizaciones de la investigación propiamente dicha, la accidentada historia y la tradición de la Universidad latinoamericana, la fecha muy reciente de fundación de muchas de las Facultades, Departamentos, Institutos y Secciones dedicadas al estudio de la literatura nacional y latinoamericana, hacen que no se disponga hoy todavía de una denominación específica para la actividad investigativa en este terreno. Por eso nada tiene de extraño que las únicas propuestas al respecto hayan provenido de miembros de aquellos contadísimos centros de donde, como en la antigua Facultad de Filosofía e Letras de la Universidad de Estado de Guanabara, aunque no se haya intentado romper con una tradición idealista de la disciplina y poner en cuestión la enseñanza de la literatura como lugar privilegiado de la transmisión ideológica de los valores establecidos, se buscó modernizarla de acuerdo con una concepción formalista del fenómeno literario. Es lo que nos exige reparar en la significación del término *Scholarship*, con que se hace referencia en la Universidad anglo-americana al proceso en que se realiza una contribución voluntaria, sistemática y organizada al conocimiento en un campo determinado. *Literary Scholarship: its aims and methods* (1941), se tituló el balance editado por Foerster y el manual de La Drière se llamó *Directions in Contemporary Criticism and Scholarship* (1953). Muy recientemente Cameron hablaba de los actuales "signos de profunda insatisfacción con los procedimientos de que disponen los historiadores de la literatura (literary historians), y con el puesto de la disciplina en el mundo de la investigación (world of scholarship)"<sup>13</sup>. Waggoner se refería ya en 1965, por su parte, a la crisis de la ideología que animó los *Reactionary Essays on Poetry and Ideas* (1936) de Allen Tate, el compañero de Eliot y Hulme, figura clave del *New Criticism*. Esta constituyó una respuesta a la crisis del liberalismo burgués y fue transvasada luego, bajo el impacto del anticomunismo de la postguerra y la guerra fría, a la reinterpretación metafísica de *the American Frame of Mind* que elaboró una figura como Randall Steward en *American Literature and Christian Doctrine* (1958). Según precisaba Waggoner: "no sólo el *New Criticism* ha envejecido por completo. La *Neo-Christianity*, como punto de vista ordenador para la crítica y la investigación (criticism and scholarship), lo ha hecho también"<sup>14</sup>. Volviendo a las propuestas formuladas respecto a la noción de "investigación" en nuestros países, la posición de Afrânio Coutinho, el más directamente marcado entre todos los estudiosos latinoamericanos por el *New Criticism*, nos resulta particularmente valiosa por lo sintomática. En el Prólogo de 1957 a *Da Crítica e da Nova Crítica*, titulado *Para Onde Vai a Crítica*, el especialista brasileño volvió sobre un tema esbozado por él desde 1943: el intento de trasla-

12. Walter Benjamin, *Literaturgeschichte und Literaturwissenschaft*. En: Benjamin, *Gesammelte Schriften*, III. Hella Tiedemann-Bartels (Ed.), Frankfurt am Main, 1972.

13. J.J. Cameron, *Problems of Literary History*. En: *New Literary History*, I (1969-70)/1, p. 9.

14. H.H. Waggoner, "Point of View" in *American Literary Scholarship and Criticism*. En: *Comparative Literature Studies*, II/1965, p. 296.

dar a las letras de su país la distinción anglo-americana entre *Criticism* y *Review*. En esta nueva oportunidad lo hizo desde una perspectiva claramente sellada por el *close reading*. Este era adoptado como método para una disciplina que al constituir su objeto como ahistórico, legitimaba de entrada el análisis inmanente, a la vez que se pretendía “científica y autónoma”, destinada a superar el impresionismo subjetivista e incompatible con el ejercicio del periodismo diario. Se trata de pretensiones y postulados que remiten a la tesis centrales de la tradición inmanentista internacional de la investigación idealista, y cuyas bases teórico-literarias en cuanto método están en el “exorcismo de la Historia” (Benjamín). Ya desde el libro inmediatamente anterior de Coutinho, *Corrientes cruzadas* (1953), se habían dibujado con precisión. El crítico brasileño sostiene en su Prólogo que su trabajo “pressupõem uma premissa: a distinção entre crítica propriamente dita e “review”, revista ou recensão de livros”. La primera “requer pressupostos doutrinários e uma metódica explícita, padrões e critérios de aferição de valores, uma epistemologia e fundamentos filosóficos”, mientras la segunda sería sólo una “forma leve” de “crítica aplicada” y cierto tipo de periodismo<sup>15</sup>. Un poco antes de hacer este planteamiento, Coutinho había procedido a colocar la crítica en relación con la noción de *scholarship* —investigação—, y a proponer equivalentes que no lograron hasta ahora imponerse:

“Não há em português termos correntes que correspondam a “scholar”, “scholarship”, “scholarly”... Erudito, erudição, empregam-se em português, sem que satisfaçam completamente per terem outras conotações, até mesmo pejorativas. Não parece haver inconveniente em usar, pois, escolástico e escolar”<sup>16</sup>.

Los alcances generales del propósito de Coutinho son plenamente apreciables cuando se repara que en nuestros países hay un fenómeno fácilmente comprobable: la utilización generalizadora del término *crítica literaria* para designar todo el conjunto de las actividades y disciplinas que tienen que ver con el conocimiento y valoración de la producción literaria. Sólo algunos ejemplos, tomados más o menos al azar. En el artículo *Algunos aspectos de la crítica en Hispanoamérica* de Julio Orlandi, autor de una serie de *Textos de lectura* y, en colaboración con Hugo Montes, de una *Historia y antología de la literatura chilena* (1966<sup>7</sup>), empleados en un sector clave de la reproducción de las relaciones de producción —la praxis escolar—, puede observarse un empleo semejante del término. En su artículo Orlandi se refiere, desde una posición ecléctica y subjetivista, al “pluralismo metodológico efectivamente imperante en la crítica literaria actual”, y se interroga de manera muy sucinta y dentro de esquemas formalistas sobre “la validez de los sistemas en uso, sus proyecciones, virtudes y límites”. Luego alude a la práctica de la crítica en Latinoamérica y pasa a examinar rápidamente las obras de Henríquez Ureña, Reyes y Anderson Imbert, para concluir:

“Las corrientes literarias (en la América Hispana), de Pedro Henríquez Ureña, *El deslinde* (: *Prolegómenos a la teoría literaria*), de Alfonso Reyes y *Crítica literaria contemporánea*, de

15. Afrânio Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. Rio de Janeiro, 1975/2, pp. XIII-XIV (Coleção Vera Cruz, 9).

16. *Ibid.*, p. XIII, n. 2.

Enrique Anderson Imbert, constituyen un conjunto de doctrinas filosóficas y críticas difícilmente superables”<sup>17</sup>.

No nos interesa discutir lo aventurado de esa ditirámica afirmación ni la posición que implica frente al proceso de desarrollo del conocimiento. Mucho menos las debilidades de la cadena reflexiva que conduce a ella. Nos importa sobre todo señalar que una investigación historiográfica, un ensayo de teoría de la literatura, y un estudio dedicado a resumir diversas posiciones metodológicas, resultan agrupados por Orlandi bajo la denominación de *crítica literaria*. En la segunda edición de la obra de Anderson Imbert que menciona el crítico chileno, aparecida como *Métodos de crítica literaria* (1971), encontramos también una definición de parecido carácter generalizador. Se la adopta después de proceder a un “deslinde de otras disciplinas que también estudian la literatura” — estudios “utilitario”, “filosófico”, “cultural” (historia, sociología, lingüística, pedagogía, erudición). Sobre la base de ese *parti pris* idealista subjetivo, Anderson Imbert pasa a sostener:

“reservamos el nombre de “crítica literaria” a la comprensión sistemática de *todo* lo que entra en el proceso de la expresión escrita... de *todo* lo que entra en el proceso de la creación literaria”<sup>18</sup>.

Tras reducir la literatura a la expresión y siguiendo las huellas de Bonet en *Apuntaciones sobre el arte de juzgar. Lecciones sobre crítica literaria* (1936), el crítico argentino centra su interés en el problema del valor. Pero a la vez que su desprecio por la historia de la valoración lo lleva a disolverla en un paliado relativismo y no acierta a ver en ella un acercamiento dialéctico a una concepción acorde con su objeto, no puede tampoco determinar ninguna base objetiva para el establecimiento de criterios axiológicos. Aferrado a la noción de lo “Bello” —a pesar de que las artes dejaron hace mucho tiempo de ser bellas—, el valor acaba por surgir de los fantasmas de un “algo metafísico que nos atraviesa desde lo más profundo”<sup>19</sup>. La especulación y el inmanentismo crítico le impiden relacionar fenómenos comprobables como son el horizonte de espectación que antecede y contribuye a producir una obra, y la forma y el grado de su efecto sobre el público, y lo empujan a sacrificar ante el altar del substancialismo de las obras clásicas, que plantearían siempre a la Humanidad idénticas preguntas. Lo que equivale a ignorar el carácter dialógico de la constitución del sentido: las obras del pasado nos hablan porque su forma mantiene abierta su significación en calidad de respuesta implícita a preguntas planteadas desde el aquí y el ahora de la serie histórica de sus lectores. Una parecida extensión generalizadora, aunque por razones muy diferentes, toma el término en Octavio Paz, cuando a partir de una noción ahistórica y tocada por la ideología estructuralista, sostenía a fines de los sesenta que la crítica tiene como función “construir una literatura”, entendida como el “sistema de relaciones” que existe entre sus obras —es decir—, producir lo real (la literatura) bajo el efecto de una combinatoria de ele-

17. Julio Orlandi Araya, Algunos aspectos de la crítica literaria en Hispanoamérica. En: *Aisthesis*, 2/1967, p. 190.

18. Enrique Anderson Imbert, *Métodos de crítica literaria*. Madrid, 1971, p. 35.

19. *Ibid.*, p. 50.

llamos igualmente en intentos como los de Zulma Palermo para determinar las premisas de una futura investigación literaria en Latinoamérica cualesquiera<sup>20</sup>. Este amplio empleo del término “crítica” lo harica, lo que ella denomina una “doctrina crítica propia”, y que sin embargo coincide —y no por casualidad— con algunos de los planteamientos incluidos en el volumen colectivo editado por Zitner en 1966 bajo el título de *The Practice of Modern Literary Scholarship*. Su propósito está pensado por la investigadora como parte de los “planteos teórico-prácticos (contemporáneos) de las Ciencias del Hombre”<sup>21</sup>, clasificación por demás discutible referida a los estudios literarios. Palermo adelanta su intento desde el punto de vista de una metafísica difusamente católica del ser latinoamericano como ser-para-la-liberación y una concepción idealista de la literatura como sistema simbólico, para acabar por subsumir bajo la noción de “crítica” toda actividad investigativa, no apenas en el campo de la historia sino de la teoría literaria.

La asimilación de la investigación a la “crítica” ha conducido además, recientemente, al empleo del término “crítica universitaria”, calcado del francés “critique universitaire”, que no se conoce en otras lenguas. Por ese camino se ha llegado, como puede apreciárselo en multitud de artículos de divulgación, a postular la existencia de diversos “niveles de la crítica”<sup>22</sup>. Se habla así desde hace algunos años en Hispanoamérica de “crítica periodística”, “crítica académica” o “especializada” y hasta —con una flagrante contradicción en los términos—, de una “crítica científica”.

Otro el caso de la llamada *crítica comparada*. Según sostenía en 1975 Coutinho:

“Em verdade, na Grécia començou quase tudo no Ocidente, o resto tendo vindo dos hebreus. Partindo dessa premissa é que alguns sábios e *scholars* —alemães, dranceses, eslavos, ingleses, italianos, norte-americanos, espanhóis— têm desenvolvido esse ramo dos estudos literários, denominado comparatismo, ou crítica comparada, ou literatura comparada”<sup>23</sup>.

No vamos a detenernos en la primera afirmación, impregnada todavía de la mitología del “milagro griego”, ni en la forma tendenciosa en que Coutinho pretende hacer de ella la base de la crítica comparada. Pero si reparamos en las denominaciones empleadas en *Comparaison n'est pas raison*. *La crise de la littérature comparée* (1963), panfleto dedicado por Etiemble a las dificultades de crecimiento de la disciplina, en el manual de Tasso da Silveira, *Literatura comparada* (1964), e inclusive en el tomo de balance publicado por Rüdiger, con materiales, entre otros, de Remak, Baldensperger, Wellek y Zirmunski, bajo el título de *Kompa-*

20. Octavio Paz, Sobre la crítica. En: Paz, *Corriente alterna*. México, 1968<sup>2</sup>, p. 40.

21. Zulma Palermo, Propuestas para una crítica latinoamericana. En: *Mega-fón*, I (1975)/1, p. 21 ss.

22. Joaquín Losada, Niveles y formas de la crítica. En: *Comuna*, I (1971)/6, p. 2; Ricardo Soler, Problemas de la crítica y sus niveles. El cientificismo y la fantasía. En: *Taller*, I (1972)/2, p. 2.

23. Afrânio Coutinho, Conceito e vantagens da literatura comparada. En: *Congresso Brasileiro de Língua e Literatura*, VI. Rio de Janeiro, 1975, p. 80.

*ratistik. Aufgaben und Methoden* (1973), salta a la vista la novedad del empleo del término *crítica comparada* como traducción de aquellas. Sin embargo, como lo indicara recientemente Anamaría de Rodríguez, la determinación y sistematización de los problemas básicos, lo mismo que la definición de los objetos, metas y funciones de la literatura (la crítica) comparada y de sus relaciones con otras disciplinas, no acaban de realizarse. La crítica argentina llega inclusive hasta hablar de “babelización”<sup>24</sup>. La “divergência de conceituacão e metodologia” a que se han referido desde comienzos de los setenta diversos especialistas brasileños, incluido el propio Mendonça Teles, depende en buena parte de no haberse establecido todavía en definitiva si la *crítica comparada* debe complementar la investigación en el campo de las literaturas nacionales o si se trata de una disciplina científica independiente. De allí que en la línea de Pichois y Rousseau, quienes se preguntan si la literatura comparada no sería “una etapa dialéctica y esté condenada a desaparecer después de haber jugado su papel”, para concluir que a pesar de ser absolutamente factible en teoría ese desarrollo, creen más bien “en la perennidad del comparatista como especialista de las generalidades”<sup>25</sup>, encontremos intentos latinoamericanos de salvación definitiva de la crítica comparada. El muy erudito trabajo de Mendonça Teles, *Camões e a poesia brasileira* (1973), aparece todavía bajo el denominador común de la búsqueda de una tipología de posibles relaciones, a la que se debieron hasta los años 20 toda una serie de trabajos cuya temática fue: Shakespeare y... , Goethe y... , Víctor Hugo y... etc. Las fuerzas objetivas que impulsan esas relaciones y el hecho básico de que la recepción de un potencial literario universal dentro de una literatura nacional únicamente puede verse como proceso de selección y cambio de función de acuerdo con las propias necesidades históricas, no encuentra puesto suficiente. Sin embargo, en *Para uma teoria da literatura comparada*, Mendonça Teles plantea como hipótesis la existencia de:

“um sistema geral e abstrato dos estudos literários, uma Poética, constituída por uma série de elementos concretos, realizáveis, dos quais os mais conhecidos são a *Teoria da Literatura*, a *História da Literatura*, a *Crítica/Análise literária* e, por certo, a *Literatura Comparada*”<sup>26</sup>.

El recurso a esa Poética especulativa contrasta con la concentración por parte de comparatistas como Bakos en las leyes de desarrollo del proceso literario al nivel de sus corrientes y sus géneros, y de las formas como determinados procedimientos de organización de la obra literaria han funcionado en una determinada situación histórica, comprendida hoy bajo el concepto de *Poética histórica*. Esto nos remite a la noción normativa y ahistórica de literatura que toman como punto de partida buena parte de nuestros comparatistas, para quienes las relaciones socio-económicas y políticas y su transformación histórica

24. Anamaría de Rodríguez, Aspectos de la literatura comparada en Latinoamérica. En: Carlos Silva (Ed.), *Problemas de teoría y crítica literaria latinoamericanas*. Caracas, 1978 (aparecerá próximamente).

25. Claude Pichois y André Rousseau, *La littérature comparée*. Paris, 1967, p. 175.

26. Gilberto Mendonça Teles, *Para uma teoria da literatura comparada*. En: *Congresso Brasileiro de Língua e Literatura*, VI. cit., p. 89.

constituye un espacio “extraliterario”, en forma que la literatura resulta un fenómeno “extrasocial”, producto de la “fantasía” o “el espíritu creador”:

“A literatura não é um produto de meio —racial, geográfico, social, econômico. Ela é o produto do espírito criador, da imaginação criadora, e o meio é o fator exterior que apenas a condiciona, como condiciona todos os demais fenômenos da vida humana —a economia, os costumes, as formas de comer e vestir, etc. E esse condicionamento é exterior, de fora para dentro, enquanto a criação imaginativa, essência da literatura, é um produto do espírito”<sup>27</sup>.

Negada la función social de la literatura y reprimida su historicidad desde una perspectiva positivista, para la que Historia es sinónimo a la vez de “medio” y “relativismo”, es claro que el marco y orientación para las discusiones sobre las relaciones de intercambio entre las literaturas nacionales tienen que excluir toda conexión entre las formas de desarrollo social y el desarrollo literario. Pero a su vez el ahistoricismo tiene que sufrir una operación de inversión, pues solamente así puede postularse la existencia de una “literatura universal”:

“A crítica comparada ou comparatismo parte do principio da unidade internacional da literatura, ao menos por ora, no âmbito ocidental, unidade esta que se denominaria a “literatura mundial” ou “literatura geral”<sup>28</sup>.

El eurocentrismo es de esa manera la cara que se oculta tras la teoría especulativa de una historia de la “literatura mundial” como fila de diversas cimas tomadas de las historias nacionales, como proceso lineal supranacional libre de contradicciones en donde se suceden las obras maestras universales. La búsqueda de una dimensión paradigmática y sincrónica, como aparece en Mendonça Teles, y la conservadora idea de Wellek, para quien la calidad de “obra maestra” es “universal y supranacional”, lejos de definirse por su pertenencia a una literatura nacional, son otros de los elementos de las antinomias que polarizan las concepciones de la *crítica comparada* burguesa que ha venido examinando.

### III

Debe subrayarse que aunque no existe una diferencia de principio ni de método entre la crítica y una práctica de la investigación que tiende a metas de cientificidad, si la hay en cuanto a sus respectivos instrumentos, metas y radios de acción. Mientras el tratado sistemático, el estudio, el artículo o la miscelánea erudita, así se los designe impropriamente con el término “ensayo”, son también en Latinoamérica los instrumentos genéricos de la investigación, empleados dentro del marco de una comunidad que se supone busca fines científicos e institucionaliza ese trabajo, vemos que la crítica, necesariamente volcada sobre la actualidad, intenta hoy ejercer un papel orientador sobre el público y por su intermedio sobre la producción, y posee en el ensayo su instrumento fundamental. En el círculo de las posibilidades del ensayo en Latinoamérica,

27. Afrânio Coutinho, *Conceito e vantagens da literatura comparada*, cit., 79.

28. Ibid.

objeto hoy por fin de estudios sistemáticos<sup>29</sup>, puede incluirse la casi generalidad de las reseñas críticas, así adopten la forma de una reseña colectiva en que se trata de más de un libro a la vez. Pensamos aquí, para mencionar el primer ejemplo que nos viene a la mente y con todas las necesarias objeciones a sus metas ideológicas e implicaciones políticas, en la dedicada por Julio Ortega a las novelas venezolanas *Largo, Otra memoria y Juego limpio* en *La contemplación y la fiesta. Notas sobre la novela latinoamericana actual* (1969). Otras veces un trabajo que parece concebido inicialmente, según las bases que presenta, como una reseña colectiva, puede independizarse y alcanzar un completo despliegue ensayístico, como ocurre con el dedicado por Benedetti a las novelas de Carpentier, Roa Bastos y García Márquez, primera reciente oleada dentro del renovado tratamiento del tema del dictador y el poder<sup>30</sup>. La conducción rigurosa de la reflexión, la construcción cerrada, el tratamiento del material hasta agotarlo, no son sus características ni exigencias. Por eso ante todo no coincidimos con la distinción terminológica que ya proponía desde 1956 Coutinho, en un artículo dedicado a establecer límites tipológicos entre “ensaio e crônica” y a sus relaciones con la crítica:

“Não parece correto isolar a palavra “crítica” para o seu exercício militante em jornais, enquanto se designa como “ensaio” e outra espécie de crítica feita sem periodicidade, em livros ou outro lugar. A primeira é crítica aplicada, ou jornalística, “review” em torno dos livros de momento; a segunda é crítica provocada por assuntos ou livros menos momentâneos. São duas manifestações da atitude crítica, diferentes nos métodos e propósitos. A primeira pertence mais ao jornalismo, a segunda ao “scholarship” literario. E esta última a legítima crítica”<sup>31</sup>.

No hay en la práctica de la crítica ninguna supuesta demanda de científicidad, a pesar del eventual recurso a instrumentos metodológicos de comprobada utilidad y rigor científico. Más bien, y de acuerdo con las características y funciones del género ensayístico en Latinoamérica —emparentadas con las que tomó en España con la llegada del siglo XX, en donde se constituyó en una amplia plataforma para una discusión general sobre la literatura nacional—, hay un momento que es indispensable destacar. Dentro de sus determinaciones histórico-estéticas debe prestarse particular atención a la *ironía interna* que ha alimentado y enriquecido su cultivo dentro de la reciente actividad crítica, perdida en otras literaturas. Desde hace tres décadas, al escribir sobre un libro o un autor, se ha solido estar elaborando en forma tácita, en estos convulsos años, una concepción más amplia, de la que no se trata en ese texto preciso en forma directa.

El desciframiento de lo que apenas comienza a vislumbrarse, la determinación del carácter aparental o esencial de lo “nuevo” en la producción de cada día, dentro del enfrentamiento de las tendencias lite-

29. Cfr. los primeros dos volúmenes de *Los ensayistas*, aparecidos en 1976, publicación animada por José Luis Gómez-Martínez.

30. Mario Benedetti, El recurso del supremo patriarca. En: *Revista de crítica literaria latinoamericana*, II (1976)/3, pp. 55-68.

31. Afrânio Coutinho, Crítica, ensaio e crônica. En: Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. cit., p. 91.

rias, tal es y ha sido históricamente el terreno por antonomasia de nuestra crítica. La práctica de la crítica no se reduce por eso, así se lo pretenda expresamente, a la desinteresada transcripción de intuiciones o impresiones de lectura, a la adopción despreocupada de opciones subjetivas o preferencias de momento. El crítico está llamado a convertirse en un estratega en el campo de las luchas literarias, tal como lo definía Benjamín en la primera de sus trece reglas sobre la *Técnica del crítico*<sup>32</sup>. Pero a más de esa indicación esencial, debe retenerse la forma como Benjamín describía esa lucha, al dar cuenta de un tomo de estudios sobre literatura alemana:

“La empresa en su conjunto despierta, en quien se encuentra en el campo de la literatura como en su casa, la inquietante impresión de que penetra marchando pesadamente en su firme y hermosa residencia una compañía de soldados, con el pretexto de querer admirar sus tesoros y maravillas. Y en ese momento todo es claro: no les importa un bledo el orden y el inventario de la casa; avanzaron hasta aquí exclusivamente por la posición tan ventajosa en que se encuentra, porque desde aquí se puede disparar contra una cabeza de puente o una línea ferroviaria, cuya defensa es de importancia en la guerra civil. De esa manera la historia de la literatura (la *crítica literaria*. CR) se ha instalado en el recinto de la poesía, pues desde las posiciones de lo “Bello”, los “Valores vivenciales”, lo “Espiritual” y otras escotillas de esta casa, se puede disparar mejor, estando completamente a cubierto”<sup>33</sup>.

En medida más limitada, pero siempre en el mismo sentido, el trabajo en los años sesenta de críticos orgánicos —como Gramsci hablaba de “intelectuales orgánicos”<sup>34</sup>— del bloque hegemónico en Latinoamérica, tendente a establecer un nuevo canon de normas en el campo crucial de la narrativa, basado en la mal llamada “novela del lenguaje”, un código estético de la que sería la corriente central de la producción novelística contemporánea, fue literalmente el de estrategias de ese bloque en la lucha ideológica, dentro de la que se incluye la de las tendencias literarias. La discusión de la ideología de la literatura elaborada en la práctica crítica<sup>35</sup>, no puede agotarse por ello en el simple análisis de sus contenidos manifiestos. No es difícil datar dentro de la historia de las posiciones teóricas y metodológicas que siguen las huellas de la *Geistesgeschichte* idealista, la autocomprensión y la determinación del objeto de la crítica propuestas por Cannabrava en *Estética da crítica* (1963), Castagnino en *El análisis literario* (1965), Rangel Bandeira en *Diálogos no espelho* (1968), y Paz en *Corriente alterna* (1968<sup>2</sup>). Pero cuando Coutinho postula una “crítica intrínseca, ergocéntrica, operocéntrica, verdadeiramente estética” y sostiene que “a função do crítico

32. Walter Benjamín, *Gesammelte Schriften*, IV. Tillman Rexroth (Ed.), Frankfurt am Main, 1972, p. 108.

33. *Ibid.*, pp. 10-11.

34. Cfr. Antino Gramsci, *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*. Turin, 1952, p. 6 ss.

35. Para la definición de ese concepto, cfr. Christine Glucksmann, Sur la relation littérature et idéologies. En: *Littérature et idéologies*. Colloque de Cluny II. *La nouvelle critique*, 39-40/1971, p. 9 ss.

literario é analizar, interpretar e julgar a literatura *qua* literatura, a obra literaria como tal"<sup>36</sup>, no basta con referirse a una posición ahistórica y desocializada. Su intento pretendidamente ideológico de explicar la literatura de todos los tiempos por fuera de su historicidad, afín al *New Criticism* no sólo en su legitimación científico-especializada dentro de una división del trabajo ensombrecida por la tecnocratización sino en la conmoción y pérdida de una conciencia productiva de la tradición, suponía en realidad una reorientación estratégica idealista de los estudios literarios y de la acción de la crítica. Por ello creemos necesario revelar las estructuras implícitas en la forma como la crítica ha ejercido —pensamos en el excelente volumen de Baldomero Sanín Cano titulado *Escritos* (1977), recopilado por Juan Gustavo Cobo Borda, en los diversos volúmenes del *Jornal de Crítica*, de Alvarado Lins—, y ejerce su función social, lo que nos remite a una problemática teórico-literaria. Nos confronta con la necesidad de considerar las determinaciones histórico-sociales de toda producción literaria y de su recepción —lo mismo que de los textos que se ocupan de ellas—, precisamente desde ese punto de vista. Por eso puede considerarse como uno de los aciertos del reciente trabajo de Fernández Retamar, haber hecho desembocar sus planteamientos en torno a una teoría de la literatura hispanoamericana en una reflexión acerca de los objetos, características y metas de la crítica en nuestros países en la actualidad. Si la crítica latinoamericana pretende acertar a fundir en sus juicios y evaluaciones los puntos de vista estético e histórico, y comprender la producción literaria como una fuerza activa conformadora de nuestra historia, aquellos no pueden tomar como base, según Fernández Retamar, exclusivamente la "tradición europea"<sup>37</sup>. De adoptar consciente o inconscientemente los intentos de imponernos una noción normativa y ahistórica de la literatura acuñada sobre la base del clasicismo burgués —es lo que Fernández Retamar entiende por "tradición europea"—, nuestros hechos literarios, su proceso y su jerarquía, lo mismo que sus interrelaciones a nivel continental y mundial, se encuentran trastocados.

En octubre del 75, en el curso del Simposio celebrado en Austin, bajo el patrocinio de University of Texas acerca de la rebasada problemática burguesa de la "identidad del artista latinoamericano", el historiador y crítico argentino del arte Damian Bayón sostenía:

"El día en que abriendo un libro de Michel Foucault vi en la primera página que empezaba así: "Dice Borges...", dije, "ahora estamos admitidos", porque cuando un intelectual sofisticado como Michel Foucault cita de entrada, directamente a Borges como si dijera Kierkegaard o Nietzsche, comprendí, en ese sentido, que había pasado el "tiempo de la espera"<sup>38</sup>.

Con esa intervención Bayón no estaba ofreciendo solamente una involuntaria ilustración de los mecanismos del surgimiento, mantenimiento y reproducción de relaciones de poder y subordinación, reciente progra-

36. Afrânio Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. cit., p. XII, XX y 138.

37. Roberto Fernández Retamar, Para una teoría de la literatura hispanoamericana. En: *Casa de las Américas*, XIV (1973)/80, p. 43. El término aparece en una cita de *Theory of Literature* (1942), de Wellek y Warren.

38. En: Damian Bayón (Ed.), *El artista latinoamericano y su identidad*. Caracas, 1977, p. 48.

ma analítico de Foucault, ilustrado en particular en su *Histoire de la sexualité* (1977). Tampoco debemos detenernos en la trivialidad del calificativo endilgado a Foucault ni proceder, en un arranque de exasperación ante las concepciones de la actividad artística latinoamericana que se transparentan en la inquietante naturalidad del discurso de Bayón, a someter su tesis a la irrisión, poniéndola espalda contra espalda con la liquidadora *Bibliothèque idéale* propuesta por Jambert y Landreau en el ditirámico Dossier dedicado a la aventura derechista de la *Nouvelle philosophie* por *Les nouvelles littéraires* en junio del 76. La ironía no basta y es mucho más productivo comprobar que con las citas indirectas que hace el crítico argentino, se estaba refiriendo ciertamente al problema que una parte de la muy desarmada teóricamente intelectualidad hispanoamericana —el proyecto ideológico y literario del modernismo brasileño no conoció ese tipo de problemática—, trató de plantear desde los veinte en su intento de romper con el tutelaje cultural, dentro de las limitaciones conceptuales e ideológicas de la época. El postulado de un ser —de una diferencia— hispanoamericano y la continua y renovada propuesta de significados muy diversos pero siempre homogéneos, tomados cada uno aisladamente, para esa entelequia, fueron parte de la respuesta ideológica, adelantado con un retraso de más de dos décadas, al impacto causado en el subcontinente por la irrupción del Imperialismo. Tal reflexión de esta intelectualidad conllevó una voluntad de identificarse con una propia identidad —nunca determinada por completo dado el horizonte utópico en que se inscribía—, orientada por la noción de mestizaje. Las diversas variantes de esa ideología americanista comenzaron a ser absorbidas por la literatura desde finales de los veinte, como parte del proyecto, formulado con términos tomados de los noventayochentistas españoles, de conquistar lo “universal” partiendo de lo “regional” y lo “local”. Como parte de ese proceso tenemos por ejemplo que entre 1929 y 1943, para mencionar un solo caso, Carpentier aplicó como crítico ese esquema a la interpretación de las obras de Villa-Lobos, Gallegos y Lam, con lo que la significación de esos conceptos resultó siempre distinta<sup>39</sup>, y en su trabajo de narrador comenzó a elaborar la ideología americanista en prosas cortas del estilo de *El camino de Santiago* (1944). Por eso la posición de Bayón no sólo muestra cuán difícil resulta desembarazarse del colonialismo cultural sino que es abiertamente regresiva, puesto que habla como si ese proceso de cerca de medio siglo no hubiera tenido lugar. Es decir, pretende reconducirnos al provincialismo, pues eso y no otra cosa es su profesión de fe eurocentrista. Únicamente a partir de una decidida posición anticolonialista y democrática resulta posible lograr que el desciframiento de los textos literarios latinoamericanos de nuestra actualidad —y más en general, de aquellos dominios de la significación en que nuestras sociedades se autodefinen con sus propias formas de simbolización estética—, llegue a articularse en un discurso crítico capaz de descifrarlos en cuanto objetivaciones de prácticas significantes específicas, dotadas de un carácter de clase, e incluidas activamente dentro de la dinámica de las contradicciones de un proceso histórico particular.

39. Cfr. entre otros sus artículos: Una fuerza musical de América: Héctor Villa-Lobos' En: *Social*, XIV (1929)/8, p. 26 y Wilfredo Lam en Nueva York. En: *Información*, La Habana, 21.VI.1944.

## IV

“Ciência da literatura” es una fórmula que ya hallamos en el siglo pasado en Machado de Assis, aunque en un contexto sin valor definitivo. Lo que si podemos comprobar es que unicamente en el campo del estudio de la literatura alemana encontramos para esa época el término paralelo *Literaturwissenschaft*. La autocomprensión de esta estuvo unida, inicialmente, al positivismo. Para Wilhelm Scherer, patriarca de esa corriente, la creencia en el despliegue de una individualidad nacional a lo largo de la historia de una literatura, iba emparejada con un ideal programático de conocimiento antimetafísico que tenía sus bases en Comte. La obra y lo que se consideraba las condiciones de su génesis, recibían así el status de hechos científico-literarios, regidos por la causalidad, comprendida como la categoría histórica fundamental. En los países anglosajones, los términos *Literaturwissenschaft*, *Science de la littérature* o *Ciencia de la literatura* no tienen equivalente. El tradicional predominio de la filosofía analítica de la ciencia y la inclusión de las disciplinas que tienen como tema a la literatura dentro del campo de las *Humanities*, excluyen en ellos una pretensión de cientificidad para esas disciplinas. Un cotejo como el intentado por Dingle en *Science and Literary Criticism* (1949), tenía que cerrarse obligatoriamente en forma negativa. Sin embargo, con el impacto de la lingüística sobre la cibernética, la ciencia de los *Massenmedien*, lo mismo que sobre las ciencias sociales, el empleo y adaptación de algunas de sus orientaciones —la teoría del signo de Pierce, la gramática transformacional de Chomsky—, le han planteado a los estudios literarios nuevas exigencias en miras a una colaboración interdisciplinaria. Como lo demuestran, por ejemplo, los trabajos de Lotman, para referirnos al caso de una disciplina empírico-teórica, la reconstrucción semiótica de las funciones de un texto son susceptibles de ser empleadas como antecedente o como complemento para la captación histórica y social de la función de la literatura en una sociedad dada. De modo que la simple adopción de resultado de esas disciplinas, para no aludir a la de procedimientos analíticos, presupone el esclarecimiento de cuestiones de compatibilidad que sólo pueden ser establecidas a nivel teórico, como lo señalaba hace algún tiempo Wienold en su útil estudio sobre algunos de los problemas semióticos de la literatura<sup>40</sup>. Tal esclarecimiento supone a su vez el aumento del nivel de teorización global y de precisión metodológica de las disciplinas que toman a la literatura como objeto de investigación científica. Pero aunque podamos coincidir con un crítico como Haroldo de Campos en tomar como punto de partida en miras a esa meta la polémica contra el subjetivismo reinante entre quienes reducen el conocimiento del texto a la interpretación, debemos separarnos del autor de *Morfologia da Macunaima* (1973), cuando no va de hecho más allá de una crítica metodológica. Es decir, cuando deja sin examinar sus bases ideológicas y su concepto de la ciencia, tal como lo hace Bense:

“Nosotros tenemos no solamente un arte moderno, sino también una moderna estética, y la expresión “moderna” debe significar que se trata de una estética fundamentada no sólo filosóficamente sino como ciencia particular, y que designa un campo investigativo abierto al que puede accederse gracias a un

40. George Wienold, *Semiotik der Literatur*. Frankfurt am Main, 1972, p. 40.

método, punto respecto al que los procedimientos racionales y empíricos de *investigación* son preferibles a las interpretaciones especulativas y metafísicas”<sup>41</sup>.

Unico corolario posible de esa visión neopositivista es el criterio de la comprobación racional, la búsqueda de conocimientos obtenibles en una supuesta absoluta independencia con respecto al sujeto científico. Y de esa manera se acaba por estar de acuerdo con el enemigo que se intentaba combatir —la interpretación—, al nivel fundamental del rechazo de toda reflexión sobre el papel y la función social del trabajo científico en este campo.

En Hispanoamérica el término *ciencia de la literatura* o *ciencia literaria* se lo suele encontrar en los años sesenta y setenta a manera de traducción directa<sup>42</sup>. Sin embargo, ya en la década de los cuarenta aparece establecido como parte de la autointerpretación de las corrientes idealistas de la estilística. Como método hermenéutico particular, la estilística fue practicada inicialmente en el Instituto de Filología que dirigió Amado Alonso en Buenos Aires, institución frente a la que estamos en deuda todos los que nos ocupamos de estos temas. En una época en que se desarrolló en la Argentina un auténtico despegue en materia de investigación universitaria, desde ese instituto se cumplió una labor de formación de aquellos a quienes hoy reconocemos, a lo largo de todo el continente, como nuestros directos o indirectos maestros, y se adelantó una labor de divulgación que abarcó inclusive las primeras lecturas latinoamericanas de los formalistas rusos y algunos de los estructuralistas checos. Se trata de una empresa que contrasta en todos los sentidos con la aventura venezolana de Ulrich Leo, desplazado por Edoardo Crema, partidario de una subjetivización de la obra particular, complementada por un principio interpretativo venido de Croce que ponía en el gusto y experiencia del crítico la diferencia entre poesía —no poesía. A la vez que proclamaron su pretensión científica, sobre la base de la asimilación tendencial de la literatura al hecho de expresión, a la que debemos muchos conocimientos de detalle sobre los mecanismos de la representación y el efecto en nuestra literatura, y la concentración en la inmanencia, esas corrientes estilísticas crearon un abismo entre literatura e historia y casi anularon de hecho la existencia de la historia de la literatura. Ya mucho se ha insistido sobre la fetichización de la obra como objeto y el ocultamiento de su función social, propios de la estilística. Aquí más bien nos interesa señalar que al haber estado esa práctica institucionalizada a nivel universitario, a la vez que ha podido dejarnos una importante herencia, se propició la reivindicación de sus criterios subjetivos de científicidad. Lo que era o no científico dependió de modo tácito, sin terrorismos de ninguna especie e inclusive involuntariamente, de la práctica de un grupo de participantes en un proceso sectorial de la producción de conocimientos sobre nuestra literatura. La relación entre el criterio de científicidad adoptado de facto y el procedimiento metodológico, sirvió para velar el concepto

41. Max Bense, Zusammenfassende Grundlegung moderner Aesthetik. En: H. Kreuzer y R. Gunzenhäuser (Eds.), *Mathematik und Dichtung. Versuche zur Frage einer exakten Literaturwissenschaft*. München, 1965, p. 313.

42. Normán Cortés Larriau, Presencia de la actual “Literaturwissenschaft” en la obra de algunos investigadores chilenos. En: *Boletín de estudios germánicos*, IX/1972, p. 251 ss.

preteórico de la evidencia científica en que descansaba esa práctica de la estilística y, en últimas, su déficit de científicidad, a pesar de proclamarse programáticamente “ciencia de la literatura”. De allí dependen la carencia de hipótesis comprobables, lo mismo que toda una serie de impedimentos intrínsecos para establecer la validez y los alcances de lo que se presentaba como enunciados científicos.

En el caso del Brasil, Coutinho declaraba en el curso del VI Congresso brasileiro de Língua e Literatura, reunido en julio de 1974:

“O estudo literário —que em inglês é denominado por uma palavra sintética muito feliz, o *scholarship*, e atualmente mostrando tendência a ser englobado sob a rubrica de “ciência da literatura”, —o estudo literário, dizia, implica a utilização de uma série de técnicas e métodos de abordagem, cada vez mais complexos, desde a explicação de textos até a levantamento vocabular feito por computador”<sup>43</sup>.

Como puede desprenderse de esa cita, la proclamación de una “ciência da literatura de sello idealista” tomó también, como en la Argentina, el camino tradicional desde hace ya casi un siglo en la búsqueda de científicidad dentro de los estudios burgueses sobre el hecho literario: “a renovação dos métodos críticos”, la “renovação metodológica” a que se refería en 1962 Eduardo Portella<sup>44</sup>. La tendencia a la amputación de la relevancia histórico-social de la literatura, del problema de su función, y su confinamiento en el círculo cerrado del formalismo estetizante, no pueden ser más marcados. Por *uma Crítica Estética* (1954), había sido el título programático del volumen en que Coutinho reunió sus ensayos *O conceito aristotélico da Literatura e da Crítica* y *A Poética: Conceito e evolução*, relacionados directamente con las tesis de Ramson y más en particular con la Escuela neo-aristotélica de Chicago. A este nivel es también decisivo el papel jugado por la noción de literatura. Como se desprende del artículo titulado *Autonomia da literatura*, esta resultaba producto del subjetivismo psicologista y acababa por reducirse al plano formal: sería “o produto da imaginação criadora, artística, é uma forma de arte, a arte de palavra, cuja finalidade é apenas despertar o prazer estético”<sup>45</sup>.

En la época de la primera edición de *Da Crítica e da Nova Crítica*, Coutinho consideraba que a nivel internacional, gracias a obras como las de Wellek y Warren sobre “teoría da literatura” (1942), y Kayser sobre “interpretação e análise literária” (1948), “aos quais está reservado um papel fundamental na modificação de nossa atitude em face da literatura e da crítica”, el movimiento “de renovação dos princípios e da técnicas dos estudos literários já é atualmente vitorioso”. Al lado de ese parte de guerra vale la pena consignar aquí, a título de síntoma, los orígenes teóricos y metodológicos que el crítico brasileño le daba a su concepción de la ciência da literatura. Su obvio denominador común está en el inmanentismo deshistorizador, como se ve cuando Coutinho se refiere “a onda renovadora, partida dos livros de Richards,

43. Afrânio Coutinho, *Conceito e vantagens da literatura comparada*, cit., pp. 79-80.

44. Eduardo Portella, *Crítica literária: brasileira e totalizante*. En: *Tempo brasileiro*, I (1962)/1, p. 67.

45. Afrânio Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. cit., p. 151.

Croce, Eliot, das escolas estilológicas germânica e síuça, da “explicação de textos” francesa, da “nova crítica” angloamericana, da escola eslava de lingüística”. Esta habría sido engrosada en ese momento, entre otras, por “obras recientes, como a antologia da crítica angloamericana organizada por Stallman, a antologia de *Scrutiny* e a do grupo neorristotélico de Chicago, a obra de Stanley Hyman de revisão histórica da crítica moderna”<sup>46</sup>. No debe extrañar entonces que Dámaso Alonso, el muy conservador e intuicionista *primus* de la escuela estilística española, pudiera ser considerado todavía en 1956 —es decir, después a las críticas de Spitzer y Macrí—, como “um dos líderes da revolução crítica”<sup>47</sup>. Más tarde, en un estudio en donde aparece esparcido el término “estructura” en un sentido que no tenía antes en Coutinho, publicado en los sesenta, e incluido originalmente en la *Revista interamericana de Bibliografía*, entre las tendencias vinculadas a lo que ahora denominaba ya no “revolução” sino “revisão estética da literatura” —y por ese camino a la elaboración de una moderna “ciência da literatura”—, éste cita además “o grupo do formalismo ou estruturalismo eslavo” y el nombre de Croce, cuya estética se ha tornado entre tanto en sinónimo de normativismo y conservatismo, aparece remplazado por la fórmula “o grupo italiano da autonomia estética”. Más cerca de nosotros, el Prólogo de 1975 a *Da Crítica e da Nova Crítica*, sostendrá que “iniciada a renovação com o formalismo russo, evoluiu a crítica integrando contribuições de várias outras origens, que enriqueceram e ampliaram a metódica e a teoria”<sup>48</sup>. Sólo quedaría aquí por subrayar que en el artículo que mencionábamos antes, publicado en vísperas del golpe de estado contra Goulard, el crítico brasileño formulaba la tesis de que la “crítica estética”, sinónimo de “ciência da literatura”, habría alcanzado ya en el Brasil “uma fase de auto-consciência, de dominio metodológico e técnico, de repúdio pelo autodidactismo e à improvisação, dando preferência à formação universitária”, aunque no aludió a los criterios de cientificidad para su práctica, como podía esperarse de una declaración de esos alcances<sup>50</sup>.

## V

La ausencia de un lenguaje conceptual rigurosamente elaborado, y lo que ya Alfonso Reyes a comienzos de los cuarenta, desde su perspectiva idealista subjetiva, llamara la “integración de los métodos”, aparecen hoy, a diversos niveles pero con notoria insistencia, como dos de los puntos de cristalización de las preocupaciones de quienes intentan una reorientación estratégica de los estudios literarios en Latinoamérica. Aunque ese “hoy” ha sido, como ya lo señalábamos en un principio, absolutamente relativizado por muy concretos acontecimientos políticos,

46. Afrânio Coutinho, A renovação, crítica. En: Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. cit., p. 35.

47. El comentario de Spitzer apareció en *Romanische Forschungen*, 1-2/1952, p. 212 ss. Cfr. igualmente el artículo de Oreste Macrí, La stilistica di D. Alonso. En: *Letteratura*, V(1957)/29, p. 47 ss.

48. Afrânio Coutinho, A nova crítica. En: Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. cit., p. 92.

49. Afrânio Coutinho, *Da Crítica e Da Nova Crítica*. cit., p. X.

50. Afrânio Coutinho, A crítica literaria no Brasil. En: Coutinho, *Crítica e Poética*. Rio de Janeiro, 1968, pp. 119-120.

y el debate sobre estos temas ha dejado ya hace algún tiempo de desarrollarse a nivel continental. Si el golpe del 64 cercenó durante años del ámbito hispanoamericano la discusión que ha cumplido en el Brasil, los más recientes han venido no solamente a disolver los grupos de investigación existentes en Buenos Aires o en Concepción, a lanzarlos a la diáspora, y a coartar toda discusión en diversos países. Han profundizado además la incomunicación entre los países hispanoamericanos. Piénsese, por ejemplo, que con una producción novelística del interés de la que se viene desarrollando desde 1968-69 en Centroamérica, no contamos todavía, no digamos con un trabajo investigativo de importancia, sino ni siquiera con ensayos de divulgación.

En cuanto a la necesidad de una nueva conceptualización, se tiene por desgracia a verla casi siempre dentro de un proyecto ingenuo o conscientemente semitecnocrático, pues tendría ante todo que capacitar al investigador para llenar demandas objetivas de corroboración, lo mismo que para lograr comparar hechos y resultados. Se trata en realidad de una demanda elemental, toda vez que es imposible hablar con un mínimo de rigor de "método" allí en donde no hay siquiera un conjunto de concepciones científicas de las que sea factible disponer libremente. Por otra parte, debe repararse en que esa demanda no es de ayer. A la vez que criticaba la enseñanza universitaria tradicional por su horror "à fixação de conceitos e teorias"<sup>51</sup>, e invocaba a Aristóteles para recordar que la "precisão terminológica e conceitual é a primeira condição da cultura"<sup>52</sup>, Coutinho ponía de presente ya en el artículo *Terminologia crítica* del año 56, dentro de una orientación positiva, la necesidad de:

"emprestar aos termos exato e preciso significado e conceitualização técnica. Os termos só têm validade crítica se devidamente e de contorno conceitual nitido. Do contrário, é a desordem e perdem qualquer utilidade e eficácia"<sup>53</sup>.

No deja de resultar de interés que haya sido el poeta y crítico Mário Chamie, cercano y lejano a la vez del movimiento de la poesía concreta tal como lo encarnan Haroldo de Campos y Décio Pignatari, quien haya señalado algunas de las limitaciones básicas de la concepción de Coutinho sobre la cuestión de la terminología. Al terciar en la polémica intentada por éste contra el libro de Cândido titulado *Formação da Literatura Brasileira (Momentos Decisivos)* (1959), Chamie señalaba:

"Uma das preocupações fundamentais da estilística, elevada a subsidiária da crítica literária e de toda a possível ciência da literatura, é a da terminologia. Pretende-se criar palavra que sejam exatas na sua função de articular conceitos. Nada mais correto enquanto ideal científico. O problema se impõe cheio de dificuldades, porém, quando o crítico traçar o seu plano de rigor com a seleção terminológica adequada. Dois riscos sé-

51. Afrânio Coutinho, *Princípios no princípio*. En: Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. cit., p. 153.

52. Afrânio Coutinho, *Termos e conceitos críticos*. En: Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. cit., p. 109.

53. Afrânio Coutinho, *Terminologia crítica*. En: Coutinho, *Da Crítica e da Nova Crítica*. cit., p. 32.

rios êle corre: primeiro, o do significado conveniente mas ine-  
xato; segundo, o do nominalismo arbitrário”<sup>54</sup>.

Con mucho brillo ensayístico Chamie desarrolló su crítica al cierto “nominalismo lógico” del crítico, supo ponerlo en contacto con sus contradicciones metodológicas y referirlo finalmente a su presupuesto básico, la llamada “crítica estética”, es decir, la “teoría crítica” de Coutinho y poner de presente la imposibilidad que hay para él de establecer una congruencia entre “o conteúdo material de uma ciência e o seu esquema teórico”<sup>55</sup>. Si al mismo tiempo se repara que en el campo de los estudios literarios cualquier resultado es inseparable del camino recorrido para su consecución, es clara la precariedad de la terminología, su carácter permanentemente abierto a revisiones y sustituciones. Igualmente, debe concedérsele todos sus alcances al hecho de que de la orientación metodológica inherente a un aparato categorial y a un lenguaje conceptual dados, depende que su empleo posibilite o no el avance metódico de la investigación, como actividad constante y sistemática de producción de conocimientos científicos —como práctica de la ciencia de la literatura—, en el campo del estudio de la producción y recepción de nuestras letras. Hay así una relación expresa entre categorización y método que debe ser asumida.

La consigna integracionista lanzada por Reyes, unir “la llamada crítica pura —estética y estilística— (con)... algunos factores sociales, históricos, biográficos o psicológicos”<sup>56</sup>, pone de presente los dilemas de la crítica idealista especulativa y de la herencia neokantiana que había en el crítico mexicano. La consigna misma hace eco a uno de los propósitos centrales de Mannheim. Este extrajo el concepto crítico de ideología del marco de la lucha política por revelar o velar formas e intereses de poder y tras de privarlo de su capacidad de enunciación histórico-social, procedió a resituarlo dentro del contexto de la discusión sobre el juicio de valor, adelantada en torno de Weber. De esa manera pasó a incluirlo dentro de un concepto neutral de la ciencia, como base de su “sociología del saber”<sup>57</sup>. Una de las pretendidas leyes establecidas por esta es justamente la de que los procesos de polarización van acompañados siempre de procesos de síntesis. Mannheim declara las posiciones extremas en la lucha ideológica y científica como justificados aspectos parciales de un conjunto total, destinadas a ser rebasadas en su particularismo mediante la síntesis que constituye una nueva totalidad espiritual<sup>57</sup>.

Este tipo de intentos puede decirse que ha pasado por tres etapas básicas en Latinoamérica. Críticos como Reyes o Coutinho se refieren a una “crítica estética”. Los postulados teóricos y metodológicos de esta eran resumidos como sigue por Silvio Castro en su estudio *Verificação de crítica literária*:

54. Mário Chamie, *Uma Questão Nominalista*. En: Chamie, *Alguns Problemas e Argumentos*. São Paulo, 1964, p. 42, (Conselho Estadual de Cultura – Coleção Ensaio, 57).

55. *Ibid.*, p. 47.

56. Alfonso Reyes, *Fragmento sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas*. En: Reyes, *Marginalia*, I. México, 1952, p. 154.

57. Cfr. Karl Mannheim, *Die Bedeutung der Konkurrenz im Gebiet des Geistigen* (1929). En: Mannheim, *Wissenssoziologie*. Neuwied, 1970, p. 608 ss.

“1. Como crítica, passa a conceituar seu objeto, a obra de arte, e procura trabalhar sobre esse objeto sem otras normas que não aquelas conformadoras de uma obra literária. Comporta-se portando, simplesmente, como manifestação estética;

2. Outra transformação se opera na nova crítica, em relação a anterior: nasce com um método. Método que existe porque o campo de trabalho é equacionado antes de sua realização, e igualmente, o trabalho é servido por instrumentos norteadores indispensáveis, as regras da crítica literária, ligadas a estética literária;

3. Modificação radical do elemento principal da crítica: pela criação de um método e per um correspondente equacionamento da natureza da tarefa crítica literaria, a obra de arte tornase o verdadeiro objeto do trabalho, modificando-se a posição anterior, costumeira, que, por deficiência de conceituação, fazia do analista, de suas impressões sobre a obra, o objeto da crítica literária”<sup>58</sup>.

Y en un artículo en donde proclamaba al 60 un año crucial en el desarrollo de todas las actividades tocantes a la literatura, Coutinho afirmaba:

“O crítico literario pode ser somente isso, a há uma alta dignidade na sua função, sem que seja preciso ser también sociólogo, historiador, político, periodista, poeta ou romancista, para ter lugar na república intelectual. A crítica literaria deve ser, antes de tudo, literaria, isto é, uma atividade autónoma, com individualidade própria, não subsidiária de outras actividades intelectuais”<sup>59</sup>.

Con todo, desde las posiciones esencialistas de un radical idealismo teórico-literario y de una estética immanentista de la autonomía, era factible admitir la existencia de una disciplina encargada de lo “no literario” de la literatura, de lo social: la sociología de la literatura. En su versión empírica o neopositivista tal disciplina llenaba las condiciones requeridas para que esa concepción de la literatura le reconociera carácter científico. Con esa división del trabajo, lo social, comprendido como fenómeno marginal, podía ser integrado hasta el punto en donde comenzaba lo literario: las estructuras y los valores de la ideología estética. Con esa concepción disyuntiva, interno y externo, immanente y periférico, literario y social (histórico) podían coexistir y ser tratados por disciplinas especializadas.

En buena parte de los países latinoamericanos, la sociología de la literatura que recibió así de la teoría literaria idealista una justificación para su existencia, no siguió sin embargo los caminos de Escarpit, Fügen o Silbermann. Halló su tabla salvadora en el limitado espacio abierto por Lucien Goldmann con su propósito de situar socialmente algunas de las convenciones genéricas y estilísticas de la novela contempo-

58. Silvio Castro, Verificação de crítica literária. En: Castro, *Tempo presente (Crítica literaria)*. Rio de Janeiro, 1961, pp. 97-98. Los numerales son nuestros.

59. Afrânio Coutinho, 1960, Año crucial. En: *Anuario da Literatura brasileira*, II. Rio de Janeiro, 1961, p. 7.

ránea. El reformismo político implícito en su tratamiento de los textos fue un obstáculo más para que esa sociología acabara de entenderse acerca de su objeto, instrumentos de investigación y marcha procedimental. Hoy vemos que divergen en ella teoría y práctica, y no consiguie definir todavía con seguridad cuál es su campo de trabajo propiamente dicho, sus conceptos básicos y su procedencia histórica como disciplina. Esa recepción de Goldmann no fue exclusiva, sino que las tesis de éste vinieron también en algunos de los países hispanoamericanos a darle una coloración particular a los intentos de superar lo que se denunciaba con el nombre de "sociologismo". Para esa corriente, la dependencia de las características semánticas de los textos de referencias extratextuales, iba a la par con la identificación de sus características pragmáticas con la conciencia ideológica de sus autores —o con el empobrecido esquema con que pretendía dar cuenta de las relaciones entre la literatura y la sociedad. En cuanto al carácter sintáctico mismo de todo texto, éste era simple y llanamente negado. Los intentos de rebasamiento a que aludimos, mantuvieron una relación de dependencia frente al inmanentismo literario y trataron de hacerlo compatible con la noción de "visión del mundo", tomada de Goldmann, como supuesta categoría esencial.

Al lado del que reseñamos, hay otro intento de superación del sociologismo que debe retenerse. Puede caracterizárselo en primer término por la polémica que sigue manteniendo contra el concepto de reflejo —ritual que ha quedado en manos, en otras latitudes, de la crítica más conservadora—, con un nivel de rigor muy escaso, comparado con la discusión internacional. Esa equivocada polémica le es absolutamente necesaria, sin embargo, dado que conserva como no cuestionadas premisas las viejas ideas en torno al conocimiento artístico de la realidad —problema de la especificidad de ese conocimiento, frente al científico—, y la problemática de los métodos de apropiación artística de los diversos planos de la realidad. Con ellas concuerdan las muy diversas utilizaciones dadas a la noción de "concepción del mundo", pensada más en la tradición idealista de Dilthey y Ermatinguer, Ortega y Anderson Imbert, que del propio Luckács de los años treinta, tributario en todas formas de las ciencias del espíritu. De esa manera se permanece bloqueado en la cuestión de las génesis de la obra, y el papel histórico activo de la literatura se reduce a su efecto cuando más sobre otras obras y no sobre el lector históricamente determinado, dentro del proceso de comunicación de la sociedad. Por eso a pesar de que se reivindicuen algunas de las ideas de Althusser, selladas por el epistemologismo y moduladas en forma completamente distinta después de 1968 —nos referimos en particular a su oposición entre *la ciencia* y *la ideología*—, se permanece por completo ajeno a las problemáticas de la recepción y de la teoría de la ideología en su forma contemporánea. Enfrentarlas implica ya de entrada el abandono de nociones como la de "visión del mundo" y el reconocimiento del carácter institucionalizado que tiene la ideología, de fuerza material que actúa en el seno de las diversas instancias de un modo de producción. Con todo, ese intento no ha dejado de ser una contribución a la superación de las posiciones del enemigo principal: la crítica literaria burguesa dominante.

Una noción de lo literario en que las relaciones socio-económicas y políticas de la sociedad y su transformación son consideradas como "extraliterarias", continúa hasta hoy sirviendo inconscientemente de base

a quienes buscan la ilusoria "integración de los métodos" entre una supuesta sociología de la literatura y una visión inmanentista o estructural. A pesar de que se condene a grandes voces el eclecticismo, no se hace más que repetir, apenas modificadas, las tesis del formalismo tardío, ya criticadas por Medvedev en *Formalism i formalisti* (1934). Tiempo antes de que se cayera en Hispanoamérica en ese círculo vicioso, Antônio Cândido había inaugurado una nueva etapa de la discusión al mostrar lo gratuito de la demanda de esa integración, su idealismo profundo. Ya en *Crítica e sociologia* y *A Literatura e a vida social*, recopilados en libro en 1965, Cândido sostenía contra las tesis del inmanentismo, que en la literatura, en cuanto sistema simbólico de comunicación cuyo proceso sería integrador y bitransitivo, lo externo es, en realidad, interno<sup>60</sup>. En lo literario reside su carácter social y su capacidad de tomar funciones que no pueden asumir objetivamente las concretizaciones de otros campos de la producción y el consumo ideológicos, como lo demostraba en su examen de las manifestaciones de la literatura oral frente a la erudita<sup>61</sup>. Del planteamiento del gran crítico brasileño se desprende entonces que lo literario es un sector de la totalidad social, cuyas constantes estructurales y de desarrollo también son válidas para él, en forma que lo literario no es externo a lo social y viceversa, ni hay en la literatura nada que posea un estatus de inmanencia. Más que objetar la ecléctica afirmación de Cândido sobre la validez de todos los métodos, creemos adecuado señalar dos aspectos dejados de lado por él. Cândido no elabora explícitamente la dialéctica específica entre la totalidad de los fenómenos y relaciones sociales y los diversos momentos que la constituyen, camino por donde hubiera podido llegar a una fundamentación nueva de una sociología de la literatura propiamente dicha. El todo no puede existir por fuera de las partes y las partes condicionan al todo, de donde se desprende, además, que la literatura no es producto, ni copia, ni epifenómeno de la realidad social. Igualmente habría que anotar que esas partes se interpenetran, y sus relaciones con la base social están mediatizadas a través, entre otras, de las leyes y constantes estructurales y de desarrollo propias de cada una de ellas.

El otro aspecto no enfrentado directamente por Cândido es el relativo a la cuestión de la recepción. No sobra recordar aquí que éste, como todo concepto, no es pensable por sí mismo sino que junto con otros conceptos configura un campo teórico e implica no sólo una nueva problemática sino la clausura de otra. No a bases reales sino a un amistoso abuso de lenguaje corresponde el deseo de Haroldo de Campos de adscribir a Cândido dentro de la *Rezeptionsästhetik*<sup>62</sup>, sistematizada por Jauss, y cuyo actual dilema, acarreado por el tardío descubrimiento del lector real y la liquidación del elitismo que había heredado de la estética de Adorno, señalaba hace poco Manfred Naumann<sup>63</sup>.

60. Cfr. Antônio Cândido, *Literatura e Sociedade. Estudos de teoria e história Literaria*. São Paulo, 1973<sup>3</sup>, pp. 3-40. (Biblioteca Universitaria Serie 2: Ciências sociais, 49).

61. Antônio Cândido, Estímulos da criação literaria. En: Cândido, *Literatura e Sociedade*. cit., p. 41 ss.

62. Haroldo de Campos, Prolegómenos a la actividad estructuralista en Brasil: contexto de una especificidad. En: *Lenguajes*, II (1976)/3, p. 123.

63. Manfred Naumann, Das Dilemma der "Rezeptionsästhetik". En: *Poetica*, VIII (1976)/3-4, pp. 451-466.

Más emparentadas con esa corriente, que lejos de constituir un cambio de paradigma teórico-literario forma parte de un movimiento pendular de la crítica idealista según señala el mismo Naumann, se encuentran preocupaciones de estudiosos como Irlemar Chiampi Cortez. La especialista se proponía en uno de sus artículos resolver por ejemplo, a propósito de *Grande Sertão: Veredas*, "os problemas da emissão e recepção do relato, operando sobre dois códigos de significantes: como o narrador vê sua história e como o leitor percebe a história narrada"<sup>64</sup>. Aunque no distinga entre destinatario y lector, ni entre la recepción y el efecto, su problemática está mucho más cerca del propósito de Jauss de fundamentar una no siempre claramente definida "estética tradicional de la producción y la representación" en una "estética de la recepción y el efecto", formulado en *Literaturgeschichte als Provokation der Literaturwissenschaft* (1967), de lo que puede haberlo estado Cándido en *O escritor e o público* (1955), o en el resto de sus muy interesantes trabajos.

Ciertamente la jerarquía teoría-método resulta permanentemente subvertida en el curso del proceco científico, y es corriente que el desarrollo de los métodos impulse al despliegue de nuevos aspectos de la teoría. Pero si los métodos científicos constituyen procedimientos destinados a resolver problemas cuya solución reviste un interés social, es justamente del interés que mueve al conocimiento de donde depende la jerarquización de los problemas. Por ello ese interés resulta determinante y marcha a la par con la teoría, con cuya ayuda se determina y organiza el campo de objetos hacia el que aquel se orienta. Como lo ilustran diversos trabajos del grupo de investigadores cercanos a Jauss, sin tal horizonte la idea de "método" resulta arbitraria. Por otra parte, de no recurrirse a él, el método como conjunto procedimental no puede acceder a su estatus práctico-teórico en razón de que, en el desarrollo del trabajo científico en el campo de los estudios sobre la literatura, la investigación concreta y la reflexión sobre el método son dos caras de la misma moneda.

Practicado desde una perspectiva semejante, procedimientos como el del análisis estructural, como elemento dentro de una búsqueda mucho más compleja, hace saltar los linderos en que lo confinó Jakobson. Pasa a incluir el conjunto de fenómenos del texto relativos a la constitución del sentido a que tiende en el destinatario, e inventaría las funciones de sus diversos medios para presentarlas como condición para la constitución del sentido a que apuntaba el autor y el cumplimiento de las funciones sociales a que tiende el texto<sup>65</sup>. Por todo ello puede considerarse que lo decisivo no es correr tras la falta morgana de una integración de "lo más valioso" de los métodos "estructural" y "sociológico", como programa para una era *postestructuralista* y *postsociologista*, que continúa fascinando a una parte de los investigadores hispanoamericanos. En contraste con ellos, y contra la opinión que expresaba el excelente traductor de los futuristas rusos Boris Schnaiderman<sup>66</sup>, la polé-

64. Irlemar Chiampi Cortez, *Narração e Metalinguagem em Grande Sertão: Veredas*. En: *Língua e Literatura*, II (1973)/2, p. 63.

65. Cfr. Manfred Naumann e.o., *Gesellschaft – Literatur – Lesen. Literaturrezeption in theoretischer Sicht*. Berlin-Weimar, 1973, p. 315 ss.

66. En particular en su artículo *Estructuralismo: una discussão viciada*. En: *Correio da Manhã*, Rio de Janeiro, 10.III.1968.

mica entre partidarios del estructuralismo y el marxismo en el Brasil, brutalmente interrumpida como tantos otros debates por el golpe de estado dentro del golpe en 1968, sí fue productiva. Lo prueban análisis tan enriquecidos como el propuesto por Cândido en su *Dialetica da malandragem*, al establecer un tipo completamente nuevo de relaciones entre la novela popular del siglo pasado y la vanguardia de los veinte<sup>67</sup>, o el intento de primera lectura de la neovanguardia, por discutible que sea en detalle, que intentó practicar Moacy Cirne “através da Ciência de Histórica e da semiologia”<sup>68</sup>. Una y otra empresas están por completo al margen de las fantasmagorías del “integracionismo” metodológico y remiten a un problema real, dentro del proceso de aprendizaje general en que estamos embarcados actualmente en Latinoamérica. El de la definitiva constitución, históricamente fundamentada, de los estudios literarios latinoamericanos dentro del marco de la Ciencia de la sociedad.

67. Cfr. Antônio Cândido, *Dialectica da manlandragem*. En: *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*, II (1970)/8, pp. 67-89.

68. Moacy Cirne, *Vanguardia: Um projeto semiológico*. Petrópolis, 1975, p. 9. (Vozes do mundo moderno, 14).